

Resonancias del terremoto.

Por Ramón M. Quesada.

Últimos días de Cartago

III

El miércoles 4 de mayo hubo un como recrudescimiento de las conmociones terrestres, que fueron ese día, funesto día de *Santa Mónica*, más frecuentes, y algunas de intensidad alarmante. La tarde se presentó apacible y despejada, una risueña tarde primaveral, que reanimó los decalados ánimos, haciendo olvidar un poco los sustos y congojas del día. El crepúsculo iluminó con una luz rojiza y sanguinolenta las altas cimas del Irazú, y tiñó por última vez de pálidos reflejos los altos campanarios. Muchas personas salieron de paseo por los alrededores, otras se refugiaron temprano en sus provisionales dormitorios, y no pocas, por desgracia, habían entrado en compañía de las sirvientas a sacar ropas ó á dar algún alimento á sus niños antes de acostarlos.

Mi esposa y parte de mis hijos se disponían á salir de la casa para irse al carro de ferrocarril, cuando un hecho providencial los reunió á todos en un corredor angosto, frente á un jardincito; alguien tropezó con un frasco de *olomitas* ó pececillos de acequia, lo volcó, y todos se agruparon á recogerlas. En esa actitud estaban, cuando á las 6 y 50 p. m. sintieron un fuerte sacudimiento del suelo, que se levantó como una ola y bajó violentamente, como si hubiese habido una explosión subterránea á poca profundidad. El formidable estruendo los atemtorizó; quisieron ganar la salida por el zaguán, pero las paredes cerraron el paso, cayendo una sobre otra; vieron un boquete de luz en un dormitorio, por allí se precipitaron gritando, asidos unos de otros, y lograron pasar maquinalmente por sobre el techo ya aplanado de aquel aposento y de la sala, hasta la calle, que estaba cubierta por montones de escombros. Todas las paredes habían caído en diferentes direcciones y sólo el estrecho corredor había permanecido firme, como para proteger al amor y á la inocencia, que allí estaban representados por mi esposa y por mis hijos más pequeños.

Yo me hallaba en esos momentos acos-

tado, hacia la esquina de un cuarto independiente, con puerta al exterior, y leía un periódico, mientras salía la familia. Oí como la detonación de un rayo ó de un cañonazo y sentí un golpe brusco por debajo de la tijereta, que me levantó y me deslizo hacia afuera, boca arriba y con la cabeza hacia el Sur, por una brecha que se abrió de alto á abajo, exactamente detrás de mi cabecera. Simultáneamente la luz de un relámpago me permitió ver la furia con que eran lanzados los fragmentos de las paredes del cuarto á uno y otro lado, cual si hubiese estallado allí una bomba de dinamita, y el vaivén del artesonado, que ya parecía venirse sobre mí, pero que afortunadamente recobró su centro de gravedad, no se hundió y quedó descansando sobre la puerta, casi doblada y sobre unos pilares de roble. Un golpe que había recibido en la cabeza me desconcertó un momento, y al levantarme, sin tino, ya iba á entrar de nuevo al cuarto, cuando uno de mis hijos mayores, que ya venía en mi busca, después de haber puesto en salvo á la madre y á las hermanitas, me tiró fuertemente de un brazo y me arrastró hacia afuera.

Al juntarnos bajo una densa polvareda que nos asfixiaba, atónitos y sin darnos cuenta exacta de lo que sucedía, noté que faltaban tres de mis hijos, pero todos se habían salvado milagrosamente, y en seguida llegaron á reunírsenos. Sorprendió el terremoto al mayor, en la central eléctrica, donde los transformadores cayeron, no dándole tiempo más que para desconectar instintivamente el aparato y escapar por la pared del fondo, que se derrumbó hacia atrás, sobre la propiedad de don Jesús Pacheco Cabezas, á quien encontré ya muerto. Junto á la casa esquinera del Ingeniero don Nicolás Chavarría M., casa sostenida por horcones y que no cayó, estaba mi hijo menor Jorge con otros compañeros; al sentir aquel movimiento extraordinario que no le permitía sostenerse en pie, se tendió en cruz sobre el suelo, hasta que logró incorporarse y partió en ca-

rrera, llorando, á buscarnos y á abrazarnos. Y á una hija adoptiva, que regresaba de visitar á sus amigos, el vaivén le rechazó en el momento de entrar á la puerta de mi casa, y cayó fuera de la acera; intentó levantarse, pero la trepidación la hizo rodar hasta la mitad de la calle, sin que la alcancasen los escombros, que saltaron simultáneamente hacia afuera. Además, se había salvado dentro de mi casa la cocinera, y en la calle un negrito sirviente, á quien encontré sano y alegre al siguiente día, inspeccionando ruinas, sin preocuparse por nada.

Repuesto un poco de la primera impresión, por de pronto yo no pensé en terremoto, pues se me figuró, por el inaudito ruido, y por la repentina claridad, que había percibido, que en mi casa debía haber caído un rayo y que en ninguna otra había desgracias que lamentar. Sugestionado por esta errónea idea, y apenas disipada un poco la sofocante nube de polvo, me encaminaba casi á tientas con los míos hacia la estación del ferrocarril, cuando vi hacia el lado Norte abrirse la oscuridad, como en un surco de luz rojiza y cerrarse inmediatamente. Cruzaba en esos momentos, como de NE. á SO. un bólido, que hizo pensar á algunos en una erupción del Irazú ó del Turrialba, y á otros, en algún fenómeno atmosférico producido por la aproximación á la Tierra del temido cometa de Halley. Este meteoro fué visto de casi todas las poblaciones de la meseta central, y por las aseveraciones de personas fidedignas, se cree que cayó en el golfo de Nicoya, frente á Tivives.

Apenas se instaló de nuevo la familia en su albergue rodante, comenzaron á llegar en tropel gentes de todas edades y condiciones, que huían horrorizadas, gritando desesperadamente, implorando misericordia, pidiendo auxilio y proclamando á voz en cuello los siniestros personales de que cada cual tenía conocimiento en su vecindad. Las mujeres, en su mayor parte accidentadas, pedían agua y no se conseguía. Hubimos de compartir nuestro alojamiento y unas escasas provisiones que se habían llevado allí durante el día, con más de diez personas extrañas que buscaban refugio, pues la lluvia comenzaba á desatarse sobre la muerta ciudad como un copioso llanto de la naturaleza después de su obra exterminadora.

Aquella espantosa lóbreguez en que no

se descubría una luz en el suelo, ni una estrella en la altura, crispaba los nervios hasta de las personas más serenas y equilibradas. Al clamor humano, que era un alarido desgarrador por toda la ciudad y sus contornos, se unían los aullidos de los perros, que corrían de acá y de allá en busca de sus amos; el graznido de las aves que revoloteaban enloquecidas; el estruendo de los pesados muros y armazones que seguían derrumbándose poco á poco, pues la tierra prosiguió temblando fuerte á cada rato, durante toda la noche y el día siguiente, como si estuviera atacada de un escalofrío nervioso; y las voces de alarma de la policía para evitar que los transeuntes se enredasen en los alambres de la luz, caídos al suelo con todo y postes.

La lluvia, si bien apagó el polvo, hizo más penoso el trabajo de salvamento y agravó el lamentable estado en que quedaban las destruidas y abandonadas habitaciones con todo su mueblaje y comestibles.

Cada cual se dedicó desde el primer momento á auxiliar á sus deudos ó allegados, y entre la oscuridad los grupos se cruzaban poseídos de una ansiedad indescriptible en el paroxismo de la desesperación. El tráfico humano, semejaba el desorden de una colmena, cuando se le derriba de un hachazo el árbol que la sustenta.

Las autoridades, en su aturdimiento, no hallaban qué órdenes dar, ni quien las cumpliera como se debía en aquellos momentos. Los telégrafos y teléfonos quedaron rotos y abandonados, y nada se hizo para restablecer la interrumpida comunicación, de modo que el Gobierno y el resto del país, no supieron sino bastante tarde la desgracia, primero por un español que llegó de Cartago á comunicar la noticia al señor Presidente de la República, y luego por un mensaje del Licdo. don Luis Anderson, puesto desde Tres Ríos al Primer Magistrado.

Poco más tarde ya, supe la triste muerte de multitud de amigos y conocidos, y de bastantes sirvientas y niños que permanecían aterrados pues no había brazos suficientes ni herramientas, ni siquiera luz para orientarse en aquella confusión de ruinas. Centenares de heridos, de quebrados y contusos eran sacados á la mitad de la calle, y allí se dejaban mientras se acudía al socorro de otros más necesitados.

Como la cañería se había roto en varias

partes, el agua escaseaba para los reconcentrados en los cobertizos que había hecho de antemano la Junta de Socorros.

En altas horas de la noche, la glorieta del Jardín Central estaba transformada en Hospital de Sangre, y luego la Plaza de Armas se convirtió en una especie de *Spoliarium*, a donde iban llegando en macabra procesión de todos lados, en hombros, en camillas, ó sobre una hoja de puerta, las víctimas que habían perecido en la lucha desigual con los iracundos elementos. Allí se alineaban los cadáveres sobre el césped, algunos cubiertos por una sábana, otros sin ningún abrigo, muchos deformes é inconocibles, materialmente aplastados, y gran parte sin lesión ninguna, pero amaratados y con el gesto de una agonía cruel producida por la asfixia.

Cuando pasadas las 3 de la mañana llegué á pié el señor Presidente de la República, Licdo. don Cleto González Viquez, acompañado del Presidente electo, don Ricardo Jiménez y de varios caballeros de la capital, hubo como una especie de desahogo, como un gran consuelo, al saberse que la metrópoli costarricense no había sufrido casi nada, y que los socorros no se harían esperar mucho, como así sucedió. Restablecida la comunicación telegráfica, cuya oficina se instaló en un carro de ferrocarril, por activos empleados venidos de la capital, el señor Presidente impartió sus órdenes, para socorrer á la damnificada población.

En aquella fatídica noche que se hacía interminable por la ansiedad con que todos esperábamos la luz del sol, es casi increíble cómo lograron muchas personas salvarse debajo de una mesa ó de un mostrador, ni cómo pudieron otras tener la fortaleza necesaria para desaterrar á sus deudos, sin otro instrumento que el de sus propias manos. En aquella memorable noche, no hubo un momento de reposo ni para el espíritu ni para el cuerpo, de suerte que cuando al siguiente día comenzaron á llegar los primeros individuos de salvamento con provisiones, todos se quedaban pálidos, consternados y visiblemente conmovidos; y al ver la impavidez con que muchas personas iban y venían, llenas de lodo, con los vestidos rotos y ensangrentados, y la indiferencia con que miraban todo, sin lanzar ni siquiera una queja, creyerom encontrar en los abatidos cartagineses únicamente seres idiotizados.

Nó; aquel decaimiento era el efecto natural del cansancio físico después de una faena abrumadora, del hambre, de la azaroza vigilia, y más que todo, del sufrimiento moral exacerbado por las fuertes emociones.

Poco antes de las cinco de la mañana salí de la estación del ferrocarril con rumbo á mi casa, que estaba situada unos 300 metros al Sur, y ya ví llegar de San José multitud de personas é caballo, resueltas á ponerse á las órdenes de alguien y á trabajar en seguida. Les indiqué en dónde podían encontrar al Gobernador don Arcadio Quirós, y siguieron adelante. Me situé frente al antiguo *Hotel Aguilar* del que no quedaba nada absolutamente en pié: un montón de escombros casi cerraba el paso y obstruía los desagües. Gentes de los barrios llegaban por todos lados, y referían cómo habían quedado sus respectivas localidades, y en qué angustias habían pasado la noche. ¡Arrabal, Taras, Quirecot, Arenilla, Tejar, Tobosí, Aguacaliente, La Puebla, San Rafael, Tierra Blanca, Cot, Paraiso, todas las poblaciones dispersas por el extenso valle y por las faldas volcánicas, estaban en ruinas! No puede ser, me dije, y por el momento pensé que había mucha exageración en aquellas afirmaciones tan sombrías y desconsoladoras.

Llegué en seguida á la plazuela de *San Nicolás*, y cuando ví aquel precioso relicario, primer edificio gótico que se levantó en el país, y que apenas tenía unos 27 años, derrumbado hacia el frente, con los muros despedazados, y entrando la claridad de la alborada por las ojivas del hundido presbiterio, entonces comprendí que no había exageración en los decires de los campesinos; sentí una fuerte opresión que hizo asomar las lágrimas á mis ojos, y perdí las esperanzas que abrigaba de que hubiese quedado habitable siquiera una parte de la ciudad. Fué hasta ese momento, cuando descornado el velo mortuorio de la tiniebla, llegué á darme cuenta de la magnitud de aquel inaudito desastre, que arrasaba totalmente mi ciudad natal, la tranquila y amada ciudad de mis antepasados. Pensativo, y sin atreverme á avanzar, allí permanecí como clavado al suelo, sin poner atención á las preguntas, exclamaciones ni gritos de los transeuntes, hasta que vino la luz del día.

(Continuará)